

como por las varias personalidades del individuo, y sólo recientemente la historia. Hoy la cuestión, como la ha presentado Levi, estriba en cómo hacer una biografía que de cuenta de la “significación histórica general de una vida particular” (p. 226), conseguir un equilibrio entre “el destino personal y el conjunto del sistema social” (p. 248).

Los artículos de *Jogos de escalas* surgen en un momento en que la microhistoria –por lo menos en Italia—parecía haber completado un ciclo, y en que los historiadores franceses comenzaron a interesarse en ella. Es mayor la atención que conceden a Levi que a Ginzburg y prácticamente no se menciona la práctica de microhistoria por fuera de Italia. Aun cuando varios autores son cautos en hacer afirmaciones generales sobre la corriente, queda la impresión de que se exagera sus alcances, por lo menos con respecto a Levi. En realidad, con excepción del artículo de Grendi la microhistoria no es tanto el *objeto* como el pretexto del debate, y sí lo son asuntos que han aparecido de la mano de ésta y otras formas de hacer historia desde los años setenta: el enfoque inductivo, la experiencia de los actores, la narración y la escala de análisis. La discusión se enriquecería si se consideraran obras de “microhistoria” que han aparecido en los años noventa, por ejemplo en España. También podría ampliarse a la forma como se ha practicado la microhistoria en países latinoamericanos. Con todo, llama la atención que los historiadores se expresen sobre cuestiones que en otro momento pudieron sonar demasiado abstractas, en un libro que no ha sido traducido al español.

Juan David Figueroa

*Estudiante de la Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Pablo Rodríguez (coordinador), *La Familia en Iberoamérica, 1550-1980*. Bogotá: Convenio Andrés Bello–Universidad Externado de Colombia, 2004, 526 páginas, ilustraciones + gráficos.

La historia de la familia es una de aquellas unidades historiográficas que permiten lograr síntesis sociales de especial significación. No sólo desde lo propiamente histórico, sino también desde sus aspectos metodológicos y desde sus perspectivas de análisis. Al mismo tiempo, a pesar de que en gran parte encierra nuestras propias experiencias de vida, se trata de estudios de realidades difíciles de aprehender y generalizar. Si ya a nivel de la historia local es complejo el poder retratar con cierta exactitud el cuadro de lo que consideramos la familia más representativa, con mayor razón la situación se

escapa más ostensiblemente cuando se trata de representar, en unas miradas, las complejas inter-relaciones y dependencias que a nivel de lo que pensamos como el hogar, la casa, se dan entre poblaciones que ocupan grandes espacios geográficos y temporales. Esta problemática es similar a la que se presenta cuando pasamos desde las historias nacionales a unas historias que encierran conceptos mayores como la historia de América o de Latinoamérica o de Iberoamérica. ¿Cómo superar las singularidades para quedarse con lo general, lo que encierra comportamientos o procesos comunes?

Estas son las primeras inquietudes que resultan de tomar un libro como el que se comenta. *La Familia en Iberoamérica, 1550-1980*. Un gran espacio geográfico, un largo tiempo, una diversidad de experiencias históricas. En todo caso, un conjunto de trabajos locales que, en definitiva, encierran espacios nacionales a partir de los cuales el lector puede ir observando y diferenciando lo que hay de general y lo que hay de particular. Por cierto, las opciones son muchas. Si se es capaz de superar (o de reducir) lo que supuestamente queda encerrado en cada una de esas historias nacionales, se pueden advertir historias de grupos sociales; de grupos étnicos; de grupos esclavos; de grupos libres, pero pobres; de otros grupos intermedios; de aquellos que componen las élites de cada uno de los países, etc., etc. Evidentemente, si se trata de sectores dirigentes, es claro que allí las diferencias son menores. Incluso, resulta interesante advertir a través de las imágenes que están al comienzo de cada estudio, y cuando ellas pertenecen al periodo que va entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, que no sería fácil identificarlas estrictamente con la nación a la cual pertenecen. Hay muchos más rasgos comunes que diferencias entre ellas, lo cual resulta de unas ciertas pertenencias sociales comunes. También podría ser posible una lectura conjunta que enfoque las atenciones a periodos históricos determinados. Exceptuando a España y Portugal, la familia en la Colonia, la familia en la República.

Prefiero una combinación entre tiempo y desarrollos culturales: la familia tradicional, la familia moderna. El problema es que, nuevamente, nos encontraríamos con que aquello que es posible de ser considerado como perteneciente a un determinado sector de la sociedad, siempre ofrece sutiles o fuertes diferencias que surgen desde las más diversas experiencias históricas y de vida de sus componentes. Ello explica el porqué no todos los grupos sociales avanzan en la historia al mismo tiempo, pero también el que no todos los miembros de lo que consideramos el mismo grupo social lo hagan en la misma forma. No obstante, siempre es necesario buscar colectivizaciones o sociabilizaciones de actitudes y comportamientos y en ello la historia de la familia es campo de observación privilegiada. En definitiva, cualesquiera que

sean los criterios que se traten de aplicar para buscar una cierta inteligibilidad de lo que observamos, pensamos y definimos, igual nos estrellaremos con la imposibilidad de ajustar en unos solos parámetros lo que consideramos por la familia de tal, o cual, tiempo y espacio. Realizo estas observaciones sobre problemas conocidos para inmediatamente subrayar los aportes que esta publicación nos entrega al conocimiento de esta realidad tan clara, pero al mismo tiempo tan compleja como lo es la familia. En primer lugar su pertinencia y utilidad. Si se recorre el listado de autores de los trabajos, rápidamente se reconoce que, la mayoría de ellos, han dedicado al tema importantes tiempos de investigación y que han producido innumerables obras anteriores que seguramente les han forzado a realizar sus propias síntesis sobre lo ya escrito. Si a ello se suma el que han incorporado la más importante bibliografía disponible en cada uno de sus países, en conjunto se nos entrega un completo y actualizado estado de la cuestión a partir de lo cual podemos seguir avanzando tanto en temáticas específicas como, lo más importante, en términos de historia comparada. Desde muchos ángulos y puntos de vista, este es un libro muy necesario para introducir futuras investigaciones y trabajos sobre la familia y otras problemáticas afines.

En segundo lugar, los trabajos reconocen la corriente historiográfica a partir de la cual se ha venido construyendo la historia de la familia y además proyectan los canales a partir de los cuales se siguen desarrollando esos estudios. De la historia demográfica, llegando a la historia de la familia propiamente tal y desde allí siguiendo por los análisis de lo que producen las interrelaciones entre sus miembros: amores, desamores, afectos, intereses, conflictos, etc., hasta introducirse por los actualmente tan interesantes temas de la historia social de la cultura en donde igualmente se conectan las tan diversas y múltiples hebras con las cuales se tejen los hilados de la historia. No sólo desde el punto de vista de los contenidos de cada uno de los trabajos presentados, sino también a partir de sus particulares formas metodológicas de ordenamiento de los datos y presentación de las ideas, se ofrecen también muy interesantes sugerencias de temas a desarrollar y posibles vías para hacerlo.

Quiero volver al problema central. Interesante por sí y digno de seguir en la discusión académica. En la presentación de la obra, Pablo Rodríguez, su coordinador, al insistir en términos de la variedad con que se presenta la institución en estudio, es muy ilustrativo y sugerente. Al mismo tiempo, reafirma un hecho fundamental. No sólo se trata de no olvidar que no hay un solo tipo de familia detenido en el tiempo, sino la coexistencia de diversos tipos de familias en el mismo tiempo. Obviamente, y a ello nos hemos referido anteriormente, esta situación está en directa relación con las diversas

condiciones de los miembros que componen una sociedad según sus determinadas etapas de desarrollo social y económico y según sus correspondientes imposiciones ideológicas sobre los grupos subalternos. No obstante, el mismo Rodríguez es claro al hacer distinciones fundamentales. Lo que en general hemos visualizado como *la familia*, aquella que de alguna manera puede resumir una idea de la misma según su funcionamiento y lo que se piensa como deseable en las relaciones entre sus miembros, es una realidad bastante próxima a nosotros (y ya en rápida transformación). Se da en consonancia con las grandes etapas de expansión económica y se refleja en el número de hijos y en el papel proveedor del padre. Sin embargo, ello no siempre fue así y aún cuando cada cual tenga siempre una idea acerca de cómo la observa hacia el futuro, cada cual debe considerar el pasado en extensiones temporales más amplias para entender las dinámicas familiares.

De lo anterior, y revisando los diversos trabajos que componen el texto, especialmente en términos de los análisis que se presentan referidos a tiempos más recientes, aparecen muy nitidamente insinuados, aún cuando no necesariamente destacados, los nuevos rumbos que puede emprender la historiografía de la familia vista igualmente desde la historia social de la cultura. De hecho, para procesos más recientes que alcanzan a presentarse en la mayoría de los trabajos, es claro que la discusión actual sobre nuevas actitudes y comportamientos de la sociedad sobre la familia, sobre lo que se estima como tipos de familia y, por cierto, sobre lo que se refiere a las relaciones entre los miembros y/o componentes de las familias, cabe fundamentalmente en la discusión valorativa de carácter cultural. Para el pasado, aunque a menudo lo ignoremos, sucede también cosa semejante. Desde este punto de vista, no es de extrañarse respecto a encontrar algunas situaciones que no pueden parecer excesivos atrasos de desarrollo respecto a Europa, puesto que si los hay, y en muchos aspectos, igualmente podemos encontrar muchas situaciones comunes o al menos semejantes si la comparación la hacemos en términos de los significados culturales de la sociedad pre-industrial o sociedad tradicional. Baste recordar, como lo recordó y lo escribió en su oportunidad el historiador inglés Edward Thompson, que todavía a mediados del siglo XIX, la venta de esposas no era sólo algo perdido en la memoria.

Son muchas las reflexiones, temáticas, interrogantes, dudas metodológicas e historiográficas que quedan de un libro como el que se comenta. Extenderse al análisis de cada uno de los trabajos que lo componen llevaría muy naturalmente a entrar de lleno en un verdadero ejercicio de historia comparada, posibilidad que por el momento evitamos, pero sin dejar de señalar que esta obra, por toda la información que entrega, es a la vez texto y documento. Texto porque introduce al conocimiento particular de situaciones

que se presentan ordenada y fundamentadamente. Documento, porque de hecho, a partir de la misma, se puede seguir construyendo historia de la familia. Otro mérito indiscutible.

Eduardo Cavieres F.
Universidad Católica de Valparaíso